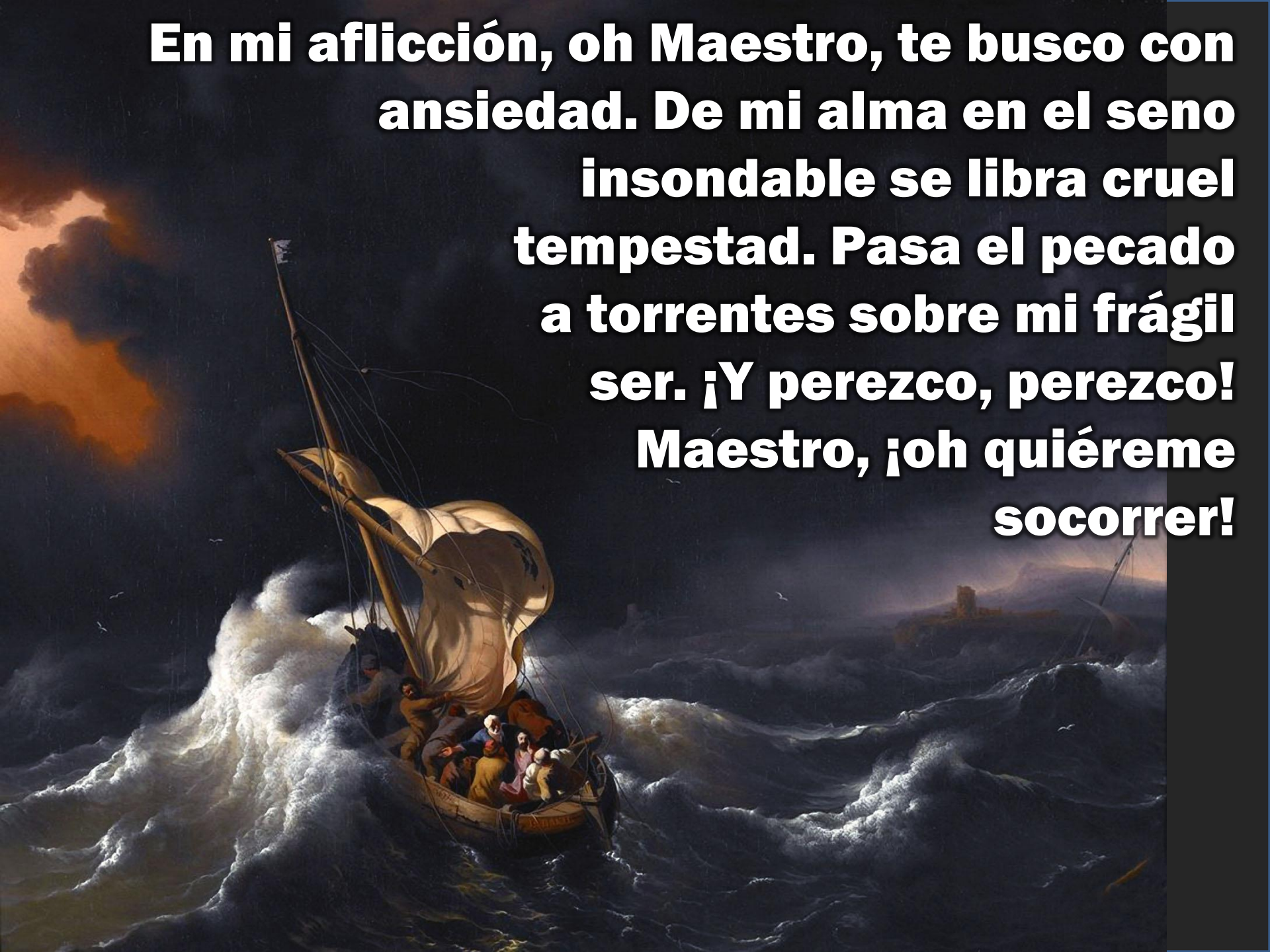
“Maestro,
¡ruge la tempestad!”

Brama la mar, oh Maestro, y ruge la tempestad. La vasta expansión de los cielos se llena de oscuridad. ¿Quieres que aquí perezcamos? ¿Puedes dormir así, cuando el mar agitado nos abre profundo sepulcro aquí?

Los vientos, las ondas, oirán tu voz. ¡Sea la paz! Calmas las iras del fiero mar.

Las luchas del alma las haces cesar. Y así la barquilla do va el Señor, hundirse no puede en el mar traidor. Doquier se cumple tu voluntad. ¡Sea la paz! ¡Sea la paz! Tu voz resuena en la inmensidad. ¡Sea la paz!


En mi aflicción, oh Maestro, te busco con ansiedad. De mi alma en el seno insondable se libra cruel tempestad. Pasa el pecado a torrentes sobre mi frágil ser. ¡Y perezco, perezco! Maestro, ¡oh quiéreme socorrer!

Los vientos, las ondas, oirán tu voz. ¡Sea la paz! Calmas las iras del fiero mar.

Las luchas del alma las haces cesar. Y así la barquilla do va el Señor, hundirse no puede en el mar traidor. Doquier se cumple tu voluntad. ¡Sea la paz! ¡Sea la paz! Tu voz resuena en la inmensidad. ¡Sea la paz!

Cesa el terror, oh
Maestro. Los vientos
se amainan ya.
Y sobre el cristal
de las aguas
el sol
resplandecerá.
Oh Redentor, sé
conmigo; no me
abandones más.
Y feliz llegaré
pronto al puerto,
do tú me
recibirás.

Los vientos, las ondas, oirán tu voz. ¡Sea la paz! Calmas las iras del fiero mar.

Las luchas del alma las haces cesar. Y así la barquilla do va el Señor, hundirse no puede en el mar traidor. Doquier se cumple tu voluntad. ¡Sea la paz! ¡Sea la paz! Tu voz resuena en la inmensidad. ¡Sea la paz!